



LA EMIGRACIÓN HACIA AMÉRICA EN LA NARRATIVA CANARIA DE LOS AÑOS SETENTA

FRANCISCO JUAN QUEVEDO GARCÍA

Es muy probable que el aspecto más definitivo de la narrativa canaria de los setenta sea la intención de explicar la realidad canaria a través de sus obras, textos aclaradores de lo que se puede entender como lo insular, que fueron publicados sobre aquella década que registró un profundo cambio político y social en España, reflejado con notoriedad en la literatura canaria.

Jorge Rodríguez Padrón, en su trabajo *Una aproximación a la nueva narrativa en Canarias*, apunta las siguientes reflexiones sobre la creación literaria en las islas:

«[...] si seguimos considerando como notas consustanciales de *lo canario* el aislamiento, el cosmopolitismo, el sentimiento del mar, un cierto deje melancólico y saudoso, y convenimos que ésas son las notas que deben diferenciar un arte y una literatura nuestras, no saldremos del mismo círculo vicioso, como tampoco nos libraremos de domésticas limitaciones si seguimos terca-mente empeñados en considerarnos un retazo geográfico e histórico cuyo híbrido origen no logra aportar ningún punto de partida válido para iniciar una labor creadora. No debe ser propósito de nuestra literatura el definirnos, sino que debe explicarnos; explicar esa relación con el medio, y el porqué de su problemática respecto a él»¹.

A esa labor de explicación se dedicaron los narradores canarios de los setenta con vigor. Para ello profundizaron en su cultura, en su época presente, y en la historia que la había conformado. De las constantes históricas seleccionadas por estos escritores, es la emigración canaria hacia América una de las que se trabajan con mayor intensi-



dad. No en vano es uno de los fenómenos sociológicos más importantes producidos en Canarias. Por consiguiente, es un motivo literario, como afirma Osvaldo Rodríguez P.:

«La obra literaria es indudablemente un depósito de la materia colectiva de los pueblos que se manifiesta, en el caso de la novela, como una historia interiorizada, como una intrahistoria, en el universo imaginario creado por un narrador socialmente comprometido con su contacto cultural. No propicio con esto ningún determinismo del hecho literario, tampoco estoy postulando que la literatura sea reflejo de la sociedad. Pero es evidente que los temas literarios, al menos éstos tan próximos a la comunidad canaria, como es el de la emigración, dependen de alguna manera del contexto social y cultural en el que se inserta la obra, entendiendo por cultura la síntesis de la experiencia de una comunidad.

Por lo tanto, si fijamos las líneas que enlazan un texto con la cultura de la que es expresión el mismo texto, nos daremos cuenta que el tema de la emigración es constitutivo de la historia de la literatura de Canarias»².

Un ejemplo de lo expresado por Osvaldo Rodríguez P. es la narrativa canaria de los años setenta, en la cual se nos muestra la emigración, sobre todo la que se lleva a cabo tras la Guerra Civil española, motivada bien por el enfrentamiento ideológico que se produce en la confrontación y en la posguerra, bien por la penuria económica que se origina en esos momentos. Por una circunstancia o por otra, esta emigración canaria, fundamentalmente dirigida hacia América, tuvo la causa de la necesidad, ligada a aspectos políticos o sociales que poco tuvieron que ver con una imagen idealizada y tópica de la emigración. Esto lo observamos en este texto de Antonio M. Macías Hernández:

«¿En qué condiciones se desarrolló la última aventura emigratoria ilegal? En los años del bloqueo, el emigrante embarcaba en los buques que se aproximaban de noche a la costa y, después del armisticio, en los trasatlánticos que hacían escala en los puertos insulares. Ahora bien, la modalidad de embarque ilegal que constituye sin duda una de las páginas más heroicas de nuestra historia migratoria, consistió en navegar directamente desde las Islas hasta las costas de Venezuela en veleros y motoveleros que desplazaban una media de 44,5 toneladas y con 0,53 pasajeros por tonelada, es decir, una *ratio* similar a la de

los barcos negreros y a los que condujeron emigrantes isleños en el XIX»³.

El viaje a América a partir de la Guerra Civil, incluso bajo la clandestinidad, supuso uno de los mayores alicientes de las gentes de las islas Canarias en la posguerra. Pero ese aliciente no estuvo al margen ni de las razones de la partida, razones que se relacionaban con la contienda española, ni de los avatares que se soportaron.

Las dificultades previas al viaje, los viejos barcos en que se atrevieron a zarpar, las vicisitudes diversas de las travesías, se empeñaban en demostrar que el mito americano, la visión de El Dorado desde una región ansiosa de ese mito, se tenía que fabricar con ímprobo esfuerzo. El éxito de algunos fue la cortina que suavizó la imagen de los fracasos y de la dureza de la emigración. Al respecto, Manuel Ramírez Muñoz nos dice:

«Refiriéndonos a nuestra más reciente historia, la añoranza por su tierra acompañará constantemente al exiliado político, que como consecuencia de la caída de la República española en 1939, buscará en los países hispanoamericanos, la continuación de su proyecto de vida, que no pudo llevar en su propia patria [...] En este brutal éxodo masivo, el más importante de nuestra historia, hay que tener en cuenta, no sólo su escalofriante aspecto cuantitativo, sino su dimensión cualitativa, pues —como ocurre en todas las emigraciones por causas políticas—, formaron parte del mismo personas de un alto nivel intelectual: catedráticos de Universidad y de Instituto, profesores, ingenieros, arquitectos, escritores, artistas, economistas, etc. En 1940 escribía Torrente Ballester que, «por esos mundos de Dios, anda la España peregrina con todas las maldiciones del destierro sobre su cabeza. Dios le quitó a sus hombres el sosiego como a casta maldita, pero no la inteligencia que conservaron más despierta y sensible por el dolor»⁴.

Los narradores canarios de los años setenta ahondan en este hecho de relevancia social que es la emigración, de gran enraizamiento en las islas, asimismo nos dan un perfil suyo más anclado en la realidad que aquél que una historia epidérmica nos ha señalado como significativo: el lazo de fraternidad sempiterna entre Canarias y América.

Es palpable ese lazo, esa relación, pero lo es como consecuencia de un trasvase en el que no se excluye la desazón. En general, si ha





existido emigración canaria hacia América, lo ha sido por la necesidad, o por la carencia de perspectivas en unas islas que tenían en el continente americano una salida, un punto de referencia que se ha constituido como tal en numerosas ocasiones en este archipiélago. Una muestra de ello se recoge en estas décimas que cuentan el inicio de la aventura de los emigrantes del motovelero «Telémaco»:

«1

Pasó un vago pensamiento
por hijos de la Gomera,
cual la nube pasajera
que va por los elementos,
tras continuos sufrimientos,
peripecias y tristuras
para lanzarse a la anchura
de tan penoso camino
a luchar con el destino
de sedientas aventuras.

2

En una hora temprana,
el nueve de agosto fue,
a eso de las cuatro y diez
de una apacible mañana,
donde el silencio engalana
el misterio más fecundo
dándole un adiós profundo
a Valle Gran Rey con calma,
ciento setenta y un almas
que marchan al Nuevo Mundo.

3

El sol su disco escondía
en el rizado horizonte,
cuando perdimos los montes
de nuestras Islas queridas,
sólo el faro se veía
dando sus vivos destellos
que iluminaban muy bellos
nuestra ruta solitaria
último adiós a Canarias
tristes recuerdos aquellos»⁵.



Lo que dejan aflorar estos versos en primera instancia es la carga sentimental que genera la zarpa hacia América, pero todo ese cúmulo de impresiones conlleva una revisión de su porqué, ¿cuáles son los motivos reales para que esas «ciento setenta y un almas» marchasen al «Nuevo Mundo», envueltos en una escena lamentosa: «último adiós a Canarias», «tristes recuerdos aquellos».

Nos centraremos para comprobar el tratamiento de la emigración que realiza la narrativa canaria de los años setenta en cuatro de sus novelas: *Bumerán*, de Juan-Manuel García Ramos; *Tachero*, de Fernando G. Delgado; *La despedida*, de Juan Pedro Castañeda; y *El giro real*, de Elfidio Alonso. En todas ellas se nos descubre la emigración hacia América como un dato descolante en su ánimo de entendimiento del hombre insular.

BUMERÁN: EL INTENTO FRUSTRADO

Juan-Manuel García Ramos desarrolla en esta novela dos vertientes de la emigración canaria. La más común, es decir, la que tiene a América como destino, y otra menos usual en las islas, la que se dirige a Europa, concretamente a Alemania, como apreciamos en una de sus ficciones, don Antonio —Toño—, que regresa de su estancia alemana con el dinero que le permitirá vivir en adelante con holgura:

«Toño tiene un bar ahora en la parada del autobús de su pueblo, cuando llegan extranjeros él sale delante de sus empleados a chapurrear el alemán con algunos de aquellos que vienen a tomarse una Coca-Cola tranquilos, si no logra entenderse dice que no son del mismo sitio donde él estuvo. Es alguien ya, lo han propuesto para concejal, algunos lo llaman ya don Antonio»⁶.

En esta ocasión nos interesamos por la primera vertiente, la americana, la que ha consolidado la ligazón que existe entre el espacio americano y el canario. En la caracterización de otro de sus personajes, Paquito el martillito, surge la cuestión migratoria como otro atributo suyo:

«[...] el empleo se lo había conseguido su abuela que trabajó siempre en el Ayuntamiento, tuteó a todos los alcaldes, lo había visto nacer, el limpiarretretes se llamaba Paquito el martillito, era bajo, se fugó de casa cinco veces, la última iba ya cami-

no de América en un frutero, cuando lo desembarcaron en un puerto africano y lo trajeron, siempre andaba pelado al rape, su madre tuvo que luchar mucho para que no lo metieran en el Reformatorio, donde cuando fui vi como los chicos de allí tenían, muchos, los pómulos con cicatrices»⁷.

El novelista expone una serie de elementos biográficos de Paquito el martillito, entre los que se ubica la fuga hacia América «en un frutero», una fuga que no tendrá la resolución anhelada.

Este breve fragmento nos ofrece un fresco de la sociedad canaria de posguerra, en él nos encontramos con el espectáculo desagradable del Reformatorio, o con esa huida frustrada. Este último accidente es reflejo de lo también acontecido en la emigración canaria hacia América: el malogro del viaje, con todo lo que ello acarrea, desde la pérdida del dinero invertido, a la pérdida de los afanes depositados.

En *Historia de la emigración clandestina a Venezuela*, José Ferrera Jiménez nos habla de un intento migratorio frustrado, como lo fue el de Paquito el martillito, el personaje de *Bumerán*:

«A principios de noviembre o diciembre (la documentación es confusa) quedan abandonados en una playa del sur de Gran Canaria, al parecer en una de las laterales de Morro Besudo, los frustrados emigrantes que iban a embarcar en la balandra “Juanita”, de casco de hierro. El organizador, reincidente, pretendía embarcar con su familia. Los detenidos son ocho familias de Zaragoza, cuatro de Barcelona, una de Castellón, una de Valencia, otra de Gran Canaria y dos de Fuerteventura. En total, 17 grupos familiares, con 63 miembros, con hijos desde un año hasta los dieciocho; los más jóvenes que van sueltos ya tienen diecisiete años. La edad máxima, sesenta años, La edad media aproximada, en los treinta años. Son 113 viajeros frustrados en total.

Su procedencia, en casi un 80 por ciento es peninsular. Sastres, carpinteros, tallistas y gentes de mar proceden de Canarias.

Esta fue la última expedición detenida de emigrantes clandestinos a Venezuela»⁸.

El caso, pues, de Paquito el martillito, recreado por Juan-Manuel García Ramos en su novela, no es único. Representa a uno más de los que corrieron la suerte adversa de la emigración, sin haber llegado siquiera a la tierra en la que deseaban culminar su trayecto. Aún así, a pesar de los reveses, que tampoco se le escapaba a la población de las islas, el emigrar hacia América siguió considerándose como





una meta, idea que no decayó durante muchos años de la posguerra española.

TACHERO: ANTE LA EMIGRACIÓN

Hemos visto a través de *Bumerán* que no sólo se establece en la narrativa canaria de los años setenta el resultado positivo de la emigración. Cabe además en la misma la perspectiva del fracaso. A pesar de lo cual, continúa flotando en el isleño como una esperanza difícil de quebrar. Esto lo comprobamos también en este pasaje de *Tachero*, de Fernando G. Delgado:

«Y sientes deseos de agarrarte a sus velas y que sea lo que quiera Dios, que siempre se está a tiempo [...] Es triste despertar así, sin pensar que tras la importancia de la noche, el día que comienza nos exige volver al mar y sentir que la sal curte la piel o que tenemos que renunciar a la sal.

Entonces miras al mar de nuevo y un buque camino de América hace sonar sus últimas bocinas, y piensas en el cargamento de esperanzas y renuncias de este «Santa María» que lleva a Venezuela a tantos cientos de isleños.

Bendito sea el mar, vas a pensar, para proponerte a continuación cumplir la predicción del horóscopo: viaje interesante»⁹.

La duda del isleño por partir hacia otro lugar, hacia otro espacio, se incorpora en las páginas de esta novela. En ellas se descubre asimismo la concepción del mar como componente fundamental en la actividad migratoria canaria. El escritor expresa tanto su idealización: «Bendito sea el mar, vas a pensar», como el cariz de temor que le produce al personaje el atravesarlo, por dejar atrás todo lo que le es propio aunque no le sea propicio: «Es triste despertar así, sin pensar que tras la importancia de la noche, el día que comienza nos exige volver al mar y sentir que la sal curte la piel o que tenemos que renunciar a la sal».

Mar frente a tierra, isla frente a travesía, a huida de unos lindes que se connotan duros. Ante los mismos, la emigración se convierte en una salida que se ahínca en la historia de Canarias, y que el novelista nos la refiere de este modo: «Entonces miras al mar de nuevo y un buque camino de América hace sonar sus últimas bocinas, y piensas en el cargamento de esperanzas y renuncias de este «Santa María» que lleva a Venezuela tantos cientos de isleños».

El narrador nos muestra dos imágenes diferentes de la emigración canaria hacia América por medio de este fragmento. Nos habla del acontecimiento de la despedida de un barco, el «Santa María», rumbo a Venezuela con numerosos emigrantes canarios a bordo. Y a la vez que relata ese hecho, inmiscuye a su ficción en el mismo, lo hace partícipe desde fuera de esa embarcación, sólo con su mirada y con sus pensamientos.

Nuevamente, la dualidad tierra y mar, isla y emigración, surge en *Tachero*. Dos polos que sugieren una decisión en el personaje, que mira con envidia al «Santa María», lleno de «esperanzas y renunciaciones». Estas «renunciaciones» dan cuenta de la actitud del emigrante, la cual se le hace difícil a ese hombre de *Tachero*, que desde la atalaya de la isla ve marchar la esperanza de sus conterráneos, y la suya propia, hacia parajes venezolanos.

Igualmente se hace eco Fernando G. Delgado en esta novela de la vuelta de los que emigraron:

«Jorge Brito Esnoba trae cartas de los que marcharon, y tanta información sobre los que fueron tragados por la isla, que no me ha quedado más remedio que pensar en su venida de otros mundos [...] Jorge Brito Esnoba salió joven de Tachero y ahora llega aquí atraído por la curiosidad informativa de que nadie recuerde el rostro de nadie, ni siquiera el paisaje que ha barrido la lava»¹⁰.

Jorge Brito Esnoba encarna el retorno a una tierra de la que salió, y que tras el paso del tiempo se le hace irreconocible —«ahora llega aquí atraído por la curiosidad informativa sin que nadie recuerde el rostro de nadie, ni siquiera el paisaje que ha barrido la lava».

El escritor enfatiza el concepto dramático de la emigración con ese irreconocimiento mutuo que se establece entre el emigrante que regresa, alentado por esa «curiosidad informativa», y aquéllos que se quedaron en la isla. Y además se afianza el irreconocimiento del espacio insular.

Con la escena del descubrimiento por parte de esa creación -Jorge Brito Esnoba- de un medio distinto del que recordaba, Fernando G. Delgado le imprime a este emigrante el asombro, la desilusión, y la veracidad de que es un transterrado, cuyos lazos con su isla se han debilitado de tal manera que sólo parecen estar firmes en su memoria, y en el interés por no dejarlos escapar: «Jorge Brito Esnoba trae cartas de los que marcharon, y tanta información sobre los que fue-





ron tragados por la isla, que no me ha quedado más remedio que pensar en su venida de otros mundos».

El narrador resalta el ansia de información que tiene Jorge Brito Esnoba, su personaje, de saber lo que sucede en Tachero, la isla imaginada por Fernando G. Delgado que sólo conoce en el presente gracias a las noticias que le llegan de la misma. Por lo cual adopta una función reseñable esta construcción: «trae cartas de los que marcharon».

Consigue plasmar el novelista la separación física tangible entre el emigrante y el sitio del que salió, y los intentos por lograr la mayor cantidad de nuevas de ese contorno, que no se habita pero que sí se precia.

EL VIAJE EN *LA DESPEDIDA*

Domingo Pérez Minik afirma lo siguiente sobre *La despedida*, de Juan Pedro Castañeda:

«A simple vista «*La despedida*» parece una novela cualquiera de nuestro mundo rural, no vamos a llamarla regionalista ni mucho menos a la manera de las españolas del siglo pasado, con su geografía bastante definida, un lugar de estas islas, con su gente perfectamente reconocible, el pequeño pueblo bien identificado, las costumbres que se van adaptando a la nueva sociedad de consumo, los intereses entrecruzados, las mujeres y los hombres en sus puestos, sin ningún índice calificado de que estamos ante un contenido bélico de esquemas económicos, el aire propicio emigratorio a Hispanoamérica obligado por la deteriorada pobreza o por el gusto por la aventura, o por la necesidad del canario de poner tierra por medio tan pronto se le reduce cualquier libertad»¹¹.

El escritor en *La despedida*, cuyo título entronca directamente con el acto de partir, convierte la emigración, resaltada por Domingo Pérez Minik —«el aire propicio emigratorio a Hispanoamérica»—, en uno de sus recursos más notables. Un ejemplo de lo cual se aprecia en este fragmento de la novela:

«“¡Está igualito! ¡Deja que te mire! ¡Ah, vale, las ganas que tenía de saludarte! Ahí nomás en el barco venía pensando si a alguien tengo ganas de ver es a Juan.”

Le da otro golpe en el hombro que a él no le acaba de parecerle amistoso. En la cantina, todos están pendientes del indiano que luce un anillo de oro en la mano derecha, otro en la izquierda y que trae un reloj de oro también [...] Tomó la copa a la que le invitó, esperando que le insinuara una entrevista para aclarar cierto asunto que a ambos concernía. Pero Fernando, una vez cumplido el primer saludo, ciertamente más efusivo de lo que podía esperar, continuó pavoneándose por entre las mesas. Saludó, invitó, dio noticias de parientes que quedaron en Caracas (Venezuela) [...] El murmullo colectivo interrumpió por un momento el relato del extraño Fernando, del hombre altanero que aquella noche había congregado a su alrededor a los diez o doce que no habían salido hacia sus casas a una hora próxima a la acostumbrada, sino que quedaron embobados con las mentiras esplendorosas, con las aventuras en las que el riesgo caminaba de la mano del triunfo o de la derrota»¹².

Sobre una historia de amor conflictiva, Juan Pedro Castañeda construye una obra que nos inmiscuye en la época de la posguerra en Canarias, y en uno de sus rasgos peculiares: la emigración hacia América.

Fernando, enamorado de María —al igual que Juan, otro protagonista de la novela— marcha a Venezuela. A su regreso, como advertimos en la cita anterior, vuelve con una ostentación que provoca el asombro. Sin embargo, es el narrador quien nos hace dudar de él: «quedaron embobados con sus mentiras esplendorosas».

No descuida ningún detalle Juan Pedro Castañeda a la hora de elaborar la semblanza de este indiano: «luce un anillo de oro en la mano derecha, otro en la izquierda» y «trae un reloj de oro también». Se hace notar el alcance económico que ha conseguido en tierras americanas, ensalzando ante aquéllos que no gozan de sus privilegios.

El invitar es otra de las acciones inherentes a su configuración, como vemos en estas palabras, que también conllevan la relación palpable entre Canarias y sus emigrados: «Saludó, invitó, dio noticias de parientes que quedaron en Caracas (Venezuela)».

El autor contrasta este éxito de Fernando con el infortunio del emigrante a través del mismo personaje, el cual tras una estancia venezolana mucho menos dichosa que la primera, vuelve a la isla con un marchamo diferente. Llega empobrecido, con lo que supone para él de descalabro social. En *La despedida* Juan Pedro Castañeda nos enseña dos consecuencias de la emigración: el éxito o el fracaso. Fernando, en este segundo regreso, se lamenta de su ida:



«Los ojos de Fernando, acuosos, se clavaron en un rincón del techo, y tiritaron de estremecimiento.»

«Desgraciada decisión», pensaba ahora, tendido sobre las tablas carcomidas. «Maldita la hora en que Blas apareció por casa.»

No le costó mucho convencerlo:

«¿Pero de dónde voy a sacar para el pasaje?», le objetó.

Blas hablaba tan seguro:

«Si tus padres no tienen haces como yo. Pídele a don Acisclo. Le haces un papel y te lo da.»

«Es mucho dinero...»

«¡Es mucho dinero, es mucho dinero! No querrás quedarte aquí toda la vida, entre estas cuatro casas que se desmoronan. No querrás ser un animal toda la vida. No querrás tener, también, cuando te cases, una cartilla de racionamiento»¹³.

Fernando recuerda este sucedido con una evocación que posee el valor de la crítica social. Se nos revela la precaria situación económica española como una de las razones principales de la emigración de posguerra.

La mención que se hace a las cartillas de racionamiento —«No querrás tener, también, cuando te cases, una cartilla de racionamiento»—, es un testimonio que Juan Pedro Castañeda extrae de la historia, y que al igual que ocurre en *La despedida*, se considera como un condicionante extremo para que fuese asumido el riesgo de emigrar.

Esta decisión se matiza con el estado social en que se encuentra el entorno de los personajes: «¡Es mucho dinero, es mucho dinero! No querrás quedarte aquí toda la vida, entre estas cuatro casas que se desmoronan». Ante esta situación, América les es atrayente, y Blas no duda en recurrir al préstamo para embarcar: «Si tus padres no tienen haces como yo. Pídele a don Acisclo. Le haces un papel y te lo da».

La consideración dramática tanto de la economía de las islas en la posguerra, como la de uno de sus resultados, la emigración, se plasma en *La despedida*. Esta novela, pese a tomar en ocasiones como espacio narrativo el americano, donde emigran algunos de sus personajes, siempre tiene como referente geográfico el de Canarias. El regreso a estas islas, pues, se constituye en un elemento inherente al





mismo acto de la emigración. Así traza Juan Pedro Castañeda el regreso de otra de sus ficciones, María:

«Casi toda su vida había transcurrido como en aquellas horas de somnolencia que la embargaron durante el viaje. Acaso el sarpullo había sido una reacción de defensa, no ante Fernando, sino ante lo desconocido, ante nuevas responsabilidades, ante la nueva vida que ella buscó afanosamente y para lo cual no dudó en separarse de Juan. Acaso la noticia de su muerte que, una tarde, mientras bordaba, le llegó, era también un recuerdo absolutamente lejano que nada tenía que ver con la mujer madura aunque no anciana que, una plácida tarde, apoyada en la baranda del correílo, vuelve a su pueblo sin hacerse anunciar, como si lo que fuera a poner los pies en tierra más que una mujer fuera una sombra.

No se había parado a pensar qué iba a hacer en El Llanito. Ni siquiera se había planteado la conveniencia de volver, sino que lo decidió de repente, como ciertos animales que cuando ven venir la muerte corren a refugiarse en un rincón, como si en el rincón la muerte les fuera a perdonar, o quizás porque en un rincón, a resguardo de cualquier mirada, los últimos momentos pasan más íntimos [...] El mar quedaba atrás. En la desvencijada guagua que traqueteaba entre curvas y curvas va su maleta de madera, todos sus haberes. Si vuelva lacónicamente la mirada hacia el azul rayado por la espuma es, sobre todo, debido a los reflejos. Ya no representa una escapatoria, sino una lejana posibilidad»¹⁴.

Como le ocurriera a Fernando, María también siente el peso de los años de la posguerra, de la falta de perspectivas que se deja entrever en su existencia, que cubre el camino de la emigración, con frecuencia idealizado. Pero al regresar, el mar que la separa del mundo otrora buscado, «ya no representa una escapatoria, sino una lejana posibilidad». El escritor inserta una sobrecogedora escena que remarca el fin de una ilusión motivadora: «nada tenía que ver con la mujer madura aunque no anciana que, una plácida tarde, apoyada en la baranda del correílo, vuelve a su pueblo sin hacerse anunciar, como si lo que fuera a poner los pies en tierra más que una mujer fuera una sombra».

En *La despedida* estructura dos conceptos ligados a la emigración: la esperanza inicial antes del viaje, y la negación posterior de esa esperanza, su abandono por la persona que la ha sostenido cuando comprende que ese periplo ha terminado. Esto le ocurre a María. Sien-



te la necesidad de volver, como una cuestión vital, como algo ineludible. Juan Pedro Castañeda dispone, entonces, la imagen de los animales que huyen al rincón. El rincón de María es la isla, y a ella llega con la intención de abandonarse a lo que ya sólo se va a producir ahí.

Su venida implica el término de una pretensión, inspirada por un panorama desalentador, que ve en América su solución. En este sentido, Francisco Morales Padrón nos habla del nexo que se establece entre ese continente y Canarias:

«La singular relación Canarias-América es algo que no cesa de estudiarse porque, precisamente, los lazos persisten en el consiguiente trasvase humano. Fue una corriente de uno a otro lado, que se mantiene viva y dando frutos con una fenomenología particular hoy como antaño. Y tanto en el xv-xvi como en el xx, la razón de estas conexiones se explican por la situación del Archipiélago.

Las Islas Canarias fueron, primero, como una espera de lo desconocido; luego, una previa experiencia; después se transforman en “camino para las Indias”, y más tarde se convierten en vivero conformador del Nuevo Mundo»¹⁵.

LA EXPERIENCIA DE AMÉRICA EN *EL GIRO REAL*

En *El giro real*, de Elfidio Alonso, leemos el siguiente texto vinculado a la emigración canaria hacia América:

«En aquellos años cuarenta, tanto por las visitas que llegaban a casa, como cuando iba al quiosco de la plaza, siempre encontré buenas oportunidades para escuchar las más tenebrosas y horripilantes historias sobre la emigración clandestina a Venezuela, que tuvo en La Palma uno de los focos principales en cuanto a salida de viajeros desesperados. Los viajes se hacían en veleros, aunque se trataba de barcos pesqueros que eran transformados en remedos de «paquebotes», como los llamaba Fico, un marinero de Tazacorte, con vistas a que pudieran aguantar mejor los temporales en alta mar. Recuerdo que le oí contar a un pescador: *Si los carpinteros no acondicionaran la cubierta y las velas, ninguno de esos cascarones tendría autonomía y consumo para llegar a América aunque son bichos que se suelen defender bien con las corrientes de mar adentro*»¹⁶.



La pretensión de conocimiento del insular que se da en la narrativa canaria de los setenta les permite abordar la emigración como un acto que enraiza en su sociedad. Trátese del exilio llevado a cabo por cuestiones políticas, como el traslado a otros países, casi siempre americanos, por motivos económicos, en ningún caso es tratado superficialmente por los autores de aquella narrativa. Se internan en su problemática. Así nos encontramos con el personaje de la cita que hemos visto de *El giro real*, que escuchaba en la época de los años cuarenta «las más tenebrosas y horripilantes historias sobre la emigración clandestina a Venezuela». Otro pasaje de esta novela que nos remite a la emigración canaria hacia América es el siguiente:

«No todos los emigrantes canarios habían tenido la misma suerte. Allí estaba en las páginas de «El Universal» la fotografía de un paisano natural de La Palma como él, que había llegado con lo puesto a La Guaira y hoy era dueño de un poderoso «holding» de empresas. Él tampoco se podía quejar, puesto que con la ayuda de Lucas y de aquellas semillas de tomates, que había cuidado con mimo mientras duró la azarosa travesía del «Arroyo», pudo levantar un tinglado comercial que daba muchos miles de «bolos» al año. Se había permitido el lujo de adquirir algunas casas y fincas en la isla, junto con otros paisanos también emigrantes, no para alardear o tratar de deslumbrar como hacían otros, que rayaban el escándalo con el paseo de sus grandes «carros» o el oro de las muelas postizas, sino porque la tierra de uno tira lo suyo y te llama con una misteriosa fuerza»¹⁷.

La referencia al indiano queda impresa en estas líneas de *El giro real*. Se nos está contando la historia de Pablo, un hijo bastardo de una persona acomodada de La Palma, que emigra a América con el deseo de igualarse económica y socialmente con el que es su padre, y, en especial, con el hijo legítimo de éste, su hermanastro Rodolfo. Y ciertamente lo consigue, logra «levantar un tinglado comercial que daba muchos miles de «bolos» al año».

Insiste Elfidio Alonso en la caracterización del indiano con la alusión a la compra de «algunas casas y fincas en la isla», con lo que además aporta la significación de la isla en el emigrante, el concepto telúrico queda obviamente manifiesto: «porque la tierra de uno tira lo suyo y te llama con una misteriosa fuerza». Una tierra de la que partieron muchos con la convicción de participar en un acto arriesgado, como éste que se detalla en *El giro real*:



«En torno a la emigración clandestina de los canarios se había creado, por los años 40, una auténtica mafia de explotadores, muchos de ellos con importantes conexiones oficiales [...] Sólo el chivatazo directo a la Guardia Civil, casi siempre provocado por mismos cabecillas del negocio, obraba los efectos de impedir el embarque, la captura de los aventureros y la imposición de multas a los hombres de paja de los armadores y traficantes. Estos, para desviar responsabilidades, acostumbraban a denunciar la pérdida del barco «por robo», cada vez que uno de aquellos pesqueros reformados salía con rumbo a Venezuela.

Llevaban parados en medio del mar como cinco días, cuando avistaron un petrolero español llamado el «Campante», se guía relatando Damián «el Guincho» en la tertulia de la fonda. Gritaron desde cubierta que les dieran una carta de navegación, un libro de faro, agua, petróleo y no sé qué más, pero no los dejaron acercarse. Al final botaron al mar un barril de petróleo, dos barricas de agua, una lata de aceite y unos kilos de arroz, que pudieron recoger después de lanzarse al agua y nadando como demonios. Por las palabras que intercambiaron desde un barco al otro, los del petrolero creyeron que eran todos comunistas que huían de España»¹⁸.

El novelista nos entronca con las vicisitudes que rodean la emigración canaria hacia América a partir de la Guerra Civil. Nos enmarca en un ambiente de sordidez asociado a la clandestinidad, cuyos entresijos se critica con rudeza: «En torno a la emigración clandestina de los canarios se había creado, por los años 40, una auténtica mafia de explotadores, muchos de ellos con implicaciones oficiales». También leemos: «el chivatazo directo a la Guardia Civil, casi siempre provocado por los mismos cabecillas del negocio».

Estos extractos de *El giro real* contribuyen a la verosimilitud que pretende establecer el escritor en su narración. Emplea para tal cometido, por ejemplo, «negocio», que define el entramado de la emigración clandestina en las islas. Un negocio originado por el estado social y económico de la posguerra. De ahí la emigración en condiciones lamentables y con un futuro incierto, un hecho histórico que a esta novela de Elfidio Alonso le proporciona uno de sus motivos principales.

El giro real, como las otras creaciones de la narrativa canaria de los años setenta que hemos visto, le confiere a la emigración canaria hacia América el valor que nace de su realidad, de su rango relevante en el trazado de la identidad insular en la que esta narrativa se alarga para contárnosla.

El enlace innegable entre Canarias y América se reconstruye en sus obras, con el ánimo de hacernos más visible, más limpio, ese recorrido migratorio que muchos isleños tuvieron que ejecutar.



BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO QUINTERO, E.: *El giro real*, Barcelona, Argos Vergara, 1983.
- CASTAÑEDA, J. P.: *La despedida*, Santa Cruz de Tenerife, Aula de Cultura de Tenerife, 1977.
- FERRERA JIMÉNEZ, J.: *Historia de la emigración clandestina a Venezuela*, Las Palmas de Gran Canaria, edición particular, 1989.
- GARCÍA RAMOS, J.-M.: *Bumerán*, Madrid, Taller de Ediciones Josefina Betancor, 1974.
- G. DELGADO, F.: *Tachero*, Madrid, Taller de Ediciones Josefina Betancor, 1974.
- MACÍAS HERNÁNDEZ, A. M.: *La migración canaria, 1500-1980*, Barcelona, Ediciones Júcar, 1992.
- MORALES PADRÓN, F.: *Canarias y América*, Las Palmas de Gran Canaria, Mancomunidad de Cabildos, Plan Cultural y Museo Canario, 1982.
- NAVARRO ROLO, M.: *Décimas. Narración histórica de un viaje transoceánico desde La Gomera (Islas Canarias) a Venezuela en el motovelero «Telémaco»*, en *El Telémaco*, de Marrero y Castro, J.; García Luis, R. y Croissier, L., Santa Cruz de Tenerife, editado por José Marrero y Castro, 1982.
- PÉREZ MINIK, D.: «“La despedida”, de Juan Pedro Castañeda», en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 27 de noviembre de 1977.
- RAMÍREZ MUÑOZ, M.: «Agustín Millares Carlo: la nostalgia en el exilio», en *Aguayro*, núm. 205, Las Palmas de Gran Canaria, La Caja de Canarias, noviembre-diciembre de 1993.
- RODRÍGUEZ PADRÓN, J.: *Una aproximación a la nueva narrativa en Canarias*, Santa Cruz de Tenerife, Excmo. Cabildo Insular de Tenerife, 1985.
- RODRÍGUEZ P., O.: «La emigración en la narrativa de Canarias», en el Suplemento de Cultura de *La Provincia*, Las Palmas de Gran Canaria, 28 de enero de 1993.



NOTAS

1. RODRÍGUEZ PADRÓN, J.: *Una aproximación a la nueva narrativa en Canarias*, Santa Cruz de Tenerife, Excmo. Cabildo Insular de Tenerife, 1985, p. 31.
2. RODRÍGUEZ P., O.: «La emigración en la narrativa de Canarias», en el Suplemento de Cultura de *La Provincia*, Las Palmas de Gran Canaria, 28 de enero de 1993.
3. MACÍAS HERNÁNDEZ, A. M.: *La migración canaria, 1500-1980*, Barcelona, Ediciones Júcar, 1992, p. 183.
4. RAMÍREZ MUÑOZ, M.: «Agustín Millares Carlo: la nostalgia en el exilio», en *Aguayro*, núm. 205, Las Palmas de Gran Canaria, La Caja de Canarias, noviembre-diciembre de 1993, p. 34.
5. NAVARRO ROLO, M.: *Décimas. Narración histórica de un viaje transoceánico desde la Gomera (Islas Canarias) a Venezuela en el motovelero «Telémaco»*, en *El Telémaco*, de Marrero y Castro, J.; García Luis, R. y Croissier, L., Santa Cruz de Tenerife, editado por José Marrero y Castro, 1982, p. 111.
6. GARCÍA RAMOS, J.-M.: *Bumerán*, Madrid, Taller de Ediciones Josefina Betancor, 1974, p. 52.
7. GARCÍA RAMOS, J.-M.: *op. cit.*, 1974, pp. 26 y 27.
8. FERRERA JIMÉNEZ, J.: *Historia de la emigración clandestina a Venezuela*, Las Palmas de Gran Canaria, edición particular, 1989, p. 199.
9. G. DELGADO, F.: *Tachero*, Madrid, Taller de Ediciones Josefina Betancor, 1974, pp. 15 y 16.
10. G. DELGADO, F., *op. cit.*, 1974, p. 17.
11. PÉREZ MINIK, D., «La despedida», de Juan Pedro Castañeda», en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 27 de noviembre de 1977.
12. CASTAÑEDA, J. P.: *La despedida*, Madrid, Aula de Cultura de Tenerife, 1977, pp. 26 y 27.
13. CASTAÑEDA, J. P., *op. cit.*, 1977, p. 103.
14. CASTAÑEDA, J. P., *op. cit.*, 1977, pp. 81 y 82.
15. MORALES PADRÓN, F.: *Canarias y América*, Las Palmas de Gran Canaria, Mancomunidad de Cabildos, Plan Cultural y Museo Canario, 1982, p. 9.
16. ALONSO QUINTERO, E.: *El giro real*, Barcelona, Argos Vergara, 1983, pp. 125 y 126.
17. ALONSO QUINTERO, E., *op. cit.*, 1983, p. 168.
18. ALONSO QUINTERO, E., *op. cit.*, 1983, pp. 128 y 129.